

Problemática de la motivación lectora

José Quintanal Díaz*

El tema de la **motivación** es un tema que requiere ser orientado de inmediato. No tenemos más que recurrir a los datos estadísticos con que frecuentemente nos deleitan, para confirmar el crecimiento del analfabetismo funcional, y la estabilidad de tasas lectoras, frente a las exigencias de capacitación que nos reclama la sociedad tecnificada. Todos damos por supuesto que no se resuelve con aplicar esta u otra técnica, ni mucho menos; su amplitud, abarca múltiples aspectos (hechos, personas, programas y circunstancias diversas) y el logro de efectividad en cualquier programa resultará de conseguir que todos los esfuerzos se orienten en la misma dirección. Intentemos con esta reflexión analizar el tema y de alguna manera orientar coherentemente su planificación.

Considerándolo desde el punto de vista del sujeto, resultan evidentes las necesidades que presenta el niño: por un lado, nos encontramos con la evidencia de que quien no sepa leer, o lo haga de manera deficiente, no puede adquirir un hábito. ¿Por qué? Sencillamente, la voluntad (el interés es consecuencia de un propósito concreto) se orienta de forma instintiva hacia lo placentero y cómodo. Pero no es suficiente, porque además ha de provocarse el encuentro del individuo con el libro, proceder a presentarles para que se conozcan y, según los casos, incluso participar por algún tiempo de esta relación (Gómez del Manzano, 1986, p.96). Por eso, la clave didáctica del éxito en la intencionalidad lectora de nuestros alumnos radica en el logro de que el niño respire un ambiente propicio en casa como en la calle y el colegio.

El entorno

Comenzaremos por hablar del **entorno**, denunciando que la sociedad de hecho, poco favorece. Pero también reconociendo que los medios de comunicación social pueden hacer mucho bien y lograr una concientización generalizada de la opinión pública sobre el tema. Su poder es grande, y curiosamente, resultarían directamente beneficiados de dicha campaña, como ya se confirmó al desarrollarse la denominada "Prensa-Escuela" (Sevillano y Bartolomé, 1988, p. 14-27). En el lado opuesto, encontramos los estamentos oficiales. Cuentan con medios (económicos y jurisdiccionales) suficientes para la creación de bibliotecas, ampliar las dotaciones de las ya existentes, potenciar campañas, y... en resumidas cuentas, generar medios que estimulen la sensibilidad de los ciudadanos.

Y entre ambos, una sociedad indefinida, en la que se potencian valores poco formativos y donde el esfuerzo y la capacidad crítica aparecen desde la TV e incluso la propia opinión pública, devaluados.

* Maestro y Licenciado en Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de Educación a Distancia (U. N. E. D.), Madrid, España.

El hogar

El **hogar** será otro elemento beneficiario del ambiente saludable (metafóricamente hablando). Al respecto, y con el fin de profundizar en la responsabilidad de la familia, remitimos al lector al artículo publicado en la Revista **Educación Hoy** (Quintanal, 1993) donde se recogen orientaciones precisas. Resumimos a tres los factores que desde la familia favorecerán esta sensibilización del niño:

✓ Que se lea. El ejemplo de los padres no será de por sí suficiente, pero resultará fácilmente imitable por el hijo cuando se lee con él y sólo para él. A medida que crezca, puede hacerse ya de un modo compartido (Simpson, 1989, 93).

✓ El interés de los padres por las lecturas de sus hijos. La conversación hogareña muchas veces se limita a manifestar la imperiosa necesidad de leer. Sólo con que se le dediquen unos minutos a que el niño nos hable de su "aventura" lectora, éste ya podrá valorarla como importante.

✓ Permitir al niño, de vez en cuando, una demostración de sus progresos, o la constatación de su habilidad (de modo especial cuando más pequeños son), puede ser una actividad muy rentable, con un beneficio en términos de emotividad.

El colegio

Y por último, el **colegio**; su misión no es otra que la de "rodear la lectura de una serie de actividades suficientemente variadas y de interés para el niño" (Rivas, 1990, 26). En esta tarea no se encuentra solo, puesto que generará medios para estimular la acción colaboradora de la sociedad y de la familia. Pero al fin y a la postre, desde él es posible convertir en futuros lectores los pequeños corazones, y espíritus abiertos, que anidan en las aulas. La coordinación de todo este esfuerzo permitirá al alumno respirar un ambiente saludable, favorecedor del hábito lector.

Por otro lado, enfocando el tratamiento de modo intrínseco, podemos considerar tres elementos que estimulan al lector:

1. En primer lugar, la **necesidad** (personal) o la **curiosidad**. Debido a una u otra, el lector discurre por las sendas del texto en busca de una información precisa, o bien asombrándose de las aportaciones que éste le hace. Como lo califica Solé, "las situaciones de lectura más motivadoras son también las más reales" (1992, p.91).

2. El **ejemplo** es importante. El niño por naturaleza tiende a imitar aquello que considera positivo. Y no nos engañemos que los padres (ya comentamos anteriormente su papel al respecto) y los maestros (según la edad del niño) serán los ídolos (modelos) que mejor le sirven. Pensando en ello, y desde la escuela, resultará eficaz que nuestros alumnos nos vean leer, como practicantes de nuestra misma teoría. ¡Y menuda importancia que tiene eso!, enfatiza Kerguelen (1988, p.91). Además se pueden beneficiar de estas

lecturas porque no es necesario insistir en lo mucho que les agrada que se les lea. Serán estos momentos en que la imaginación "vuele" a gran altura.

3. Y, por último, el alumno precisará la oportunidad de **expresar su lectura** (la de la comunicación es una facultad humana que se debe favorecer desde la escuela (Foucambert, 1990, p.67); transmitir sus sentimientos y de algún modo demostrar a sus compañeros y al profesor o profesora su destreza lectora. En ese caso, necesitará encontrar:

- ✓ Interés por la ejecución: contar a su lado con un profesor que brinda oportunidades y, enfrente, un auditorio presto a la recepción crítica (que es sinónimo de interesado, por la valoración) y respetuosa; porque "la lectura expresiva tiene sentido únicamente si es 'lectura para otros', es decir, si existe un auditorio" (Sepúlveda, 1986, p. 15).

- ✓ Recompensa por su actividad. Y el niño, sólo nos reclama ésta en un plano sentimental: la satisfacción de constatar que ha hecho algo bueno y que lo ha ejecutado correctamente.

- ✓ Compartir con la clase sus vivencias y hallazgos personales: nuevos aprendizajes, valoraciones concretas y la confirmación de hechos supuestos (Gasol, 1988, p.28).

Todo en un clima de aceptación e interés, estímulo y ayuda, creatividad y dinamismo. Que el aula goce de este ambiente sereno estimula al alumnado. Por eso no entendemos la necesidad de controlar esta actividad. Nuestro objetivo, respecto a la motivación, es despertar los estímulos del **hábito lector**. Y estos resortes de ninguna manera podrán accionarse si el niño se siente vigilado: "Es necesario propiciar desde la escuela un acercamiento libre y novedoso al mundo de los libros" (Acevedo, 1992, p. 13). La imposición de la norma señala de por sí el límite de la ejecución, y la habituación a leer no puede verse acotada, para mantener su expansión constante.

Lo que sí se nos plantea es la necesidad del docente, de constatar que el alumno lee, qué cantidad y cuál es su calidad. Por eso, reconocemos la presencia en el aula de una **evaluación lectora** (como prueba periódica) de forma un poco esporádica (p.e., trimestralmente). Existen muchas tipificadas en el mercado didáctico, e incluso nosotros mismos podemos preparárnoslas. Eso es lo de menos. Lo que importa es que se le imprima un carácter formativo (la denominada evaluación reorientadora); es decir, que aporte la información suficiente como para reorganizar el proceso de E-A a posteriori, y que éste sea programado en consonancia con todas las tareas didácticas que se vayan a llevar a cabo en el aula (Miras, 1990, p.420).

Sin embargo, el seguimiento de las lecturas personales ya es harina de otro costal. Aquí el niño necesita sentirse libre y desarrollar plenamente su autonomía. Mientras esta actividad mantenga tintes de ser controlada, no desembocará en una habituación personal del sujeto lector. Por eso, los recursos que utilicemos han de ser especialmente informativos: así, p.e., en los primeros niveles, frente a una oralización periódica de la lectura, en la que el niño ponga en juego sus capacidades, defendemos la organización de actividades espontáneas en las que el sujeto someta al grupo la confirmación

de su destreza. O más adelante, al carecer de valor, en los términos señalados, la "ficha" que registre un título, un resumen y poco más de un libro, postulamos el "Diario de lecturas", (Fernández, 1990, p.66), donde se recojan sus opiniones con una mayor espontaneidad. En este sentido hemos de tener en cuenta que cuando un sujeto (el niño o nosotros mismos) es sometido a una norma (p. e., la de una ficha), o bien se limita a cumplirla en los términos de la exigencia, o por el contrario genera mecanismos que más tienen que ver con la picaresca (Holt, 1987, p.83). Si pretendemos la motivación, hemos de correr el riesgo de la espontaneidad y marcar el camino en términos cualitativos, no delimitándolo con criterios de cantidad.

Con todo, hemos constatado el abanico de posibilidades que se le ofrecen a la escuela, al respecto, por lo que nos preguntamos cómo ha de ser en la práctica: ¿Qué actividades propias del aula pueden estimular la intencionalidad lectora del niño y favorecer su motivación? Pensando especialmente en los niveles que corresponden a la educación primaria, podemos señalar las siguientes:

1. Es importante estar bien coordinados con el trabajo complementario del hogar. Desde la escuela se ha de sensibilizar, motivar y sobre todo, orientar la tarea colaboradora de la familia.

Igualmente, en la adquisición de materiales de lectura personal también podemos aportar sugerencias que permitan a los padres afinar su puntería en el momento de la compra del libro.

2. Propiciar **momentos de lectura en clase**, en los cuales, por un lado el maestro o la maestra lea narraciones a los alumnos y ofrezca de este modo, un modelo coherente, pero también despierte su interés por la recreación imaginativa.

En la programación de actividades de alguna forma deberemos prever tiempos precisos de lectura personal (del propio alumno) o más bien, según los niveles, de lecturas compartidas (Solé, 1992, p. 119). En este sentido, la organización de los rincones de lectura (Acevedo, 1992, p. 14) o la biblioteca de aula (Miller, 1989, p.59), pueden darnos muy buen juego.

3. Hemos de planificar momentos que permitan la **expresión lectora** al grupo. En los primeros niveles adquirirá mayor importancia la oralización grupal participativa (que permite la adquisición de destrezas) aunque progresivamente se irá transformándola en actividades de lectura compartida. Del mismo modo, adquieren sentido todas las actividades que resulten generadas por las propias lecturas como el dibujo, la dramatización, declamación, teatro leído (Woodbury, 1989, p.89) y consigan despertar el interés de los alumnos. Frente al reto de la evidencia de su expresividad, los niños responden con una fuerte (intensa) implicación grupal.

4. El aula ha de ser igualmente foro de **expresión de sus vivencias lectoras**. Pueden ser estos unos momentos muy entrañables que permitan un verdadero deleite al docente: cuando el alumno, ante todos sus compañeros, pero en relación sensiblemente especial contigo, narra el cuento leído, se crea

un clima tan agradable que no nos resultará nada difícil aprovechar el diálogo para desarrollar el análisis personal de la lectura: cuéntamelo, qué sentían cuando..., opiniones personales, cómo te parece que... En esta ocasión se ha de trascender la narración de unos hechos (a nivel cognitivo) para hacer al niño tomar conciencia de su aprehensión creativa del cuento (en el plano metacognitivo): hacerlo suyo y transmitir dicha personalización. Atención es lo único que necesita el niño; unos ojos abiertos como platos, confirmando con la expresión facial de asombro nuestra disposición y un "no me digas" se encargarán del resto.

5. No olvidemos que se han de programar **actividades propias del desarrollo de la destreza lectora**. El niño, a lo largo de su proceso educativo, ha de adquirir ciertas habilidades, también lectoras. Y esto ha de llevarse a cabo en el aula: enseñando y practicando estrategias, desarrollando capacidades (de percepción y comprensión) y sobre todo, manipulando las lecturas (Gagné, 1991, p.296). Aunque indirectamente se trabajen estos elementos, brindar al niño la oportunidad del juego es primordial en toda ejecución didáctica y máxime cuando nuestro fin con el tratamiento de la lectura es que éste se interese espontáneamente por ella. Hacer de la clase algo divertido será condición *sine qua non* para sensibilizar su motivación.

6. Se nos confirma, al igual que ya señalábamos en el caso del hogar, la necesidad de que la escuela cuente con un buen **ambiente lector**. Para ello será necesario dinamizar todo aquello que suene a libros y dotar de vitalidad a las bibliotecas (de aula o centro). Sobre el modo de conseguirlo sirvan de orientación las sugerencias siguientes:

- ✓ Facilitar, e incluso favorecer el acceso de los alumnos a los libros. Su presencia estática en la estantería los convierte en elementos pasivos. El libro adquiere vida cuando el niño lo manipula, se interesa por él, lo hojea. Además, el contacto visual no genera motivación. En un principio, al niño le entra el libro por el ojo, que es por donde lo identifica, pero acto seguido ha de "sentirlo" en sus manos y buscar otros indicios que refuercen esa chispa inicial de interés.

- ✓ Programar actividades de difusión de materiales, con el objeto de que los alumnos lo conozcan y sepan de su disponibilidad, mediante campañas informativas, p.e., de nuevas adquisiciones, ranking de libros más leídos, etc.

- ✓ Actividades específicas de "animación lectora", a través de las cuales el niño pueda "descubrir el libro" de una forma activa y especialmente placentera (Sarto, 1984, pág. 19).

- ✓ Se pueden organizar actividades de acercamiento al mundo del libro, como la "Semana del libro", los encuentros con autores, o sencillas exposiciones escolares de materiales impresos. En este último, caso, resulta curioso con qué interés hojean los libros que teniéndolos en su casa, ni siquiera habían abierto.

- ✓ Orientar y estimular la composición literaria (escribir) en los alumnos, redundará en beneficio de su interés lector (Braslavksy, 1992, p.31). Incluso componiendo y editando sus propias producciones, en revistas, libros de clase (temáticos, recopilativos, etc.) o cualquier tipo de publicación escolar.

✓ Sensibilizarse con hechos sociales cotidianos que tengan algo que ver con el vasto mundo de la lectura. Así, p.e., fechas clave (como el Día del Libro), hechos significativos (la concesión de un Premio Nobel) o simples detalles surgidos espontáneamente (como encontrarse una poesía en el último número de su revista infantil favorita y llevarla a clase para leérsela a sus compañeros).

✓ Y a modo de complemento contamos con actividades extraescolares apropiadas como p.e., visitas (a librerías, editoriales o imprentas), archivo de autores, responsabilizarse de gestionar la biblioteca escolar (Fernández, 1990, p.78), o acercarse a la biblioteca pública para, de una forma organizada y dirigida, enseñar a los alumnos su mejor aprovechamiento (Ventura, 1985, p.140).

Con todo dejemos claro que lo importante no es ni el cómo hacerlo ni tampoco el qué se haga (éstos dependerán de los medios, posibilidades y circunstancias de cada uno), sino el para qué, ¿con qué objeto se hace todo esto?, y ¿qué criterios lo determinan?

Empezando por esta última cuestión, diremos que lo más acertado será primar la calidad sobre la cantidad pues no es necesario ejecutar todas las actividades señaladas, sino que el buen criterio docente permitirá discernir cuáles se acomodan mejor a sus alumnos y en qué manera han de llevarse a cabo. No por muchas actividades y mayor variedad, conseguiremos mejores resultados. Estos los determinará la sensibilización de los propios alumnos, que se sientan acogidos, estimulados, y sobre todo se les aporte la diversión imaginativa del libro. Lo demás lo completará la propia naturaleza ya que cuando a un niño le gusta algo, al brindarle la oportunidad de disfrutarlo, no dudará su elección.

En definitiva y ciñéndonos al tratamiento pedagógico del tema, situamos el objetivo de todo el proceso de E-A en:

- Despertar en el alumno el interés por la lectura.
- Favorecer el desarrollo de sus destrezas para conseguir seguridad en la ejecución.
- Crear un ambiente favorecedor que permita la vivencia experiencial de la lectura recreativa.
- Despertar en el niño un sentimiento positivo ante el acto lector.
- Hacer de la lectura algo dinámico, vivo y constructivo.
- Confirmar, con el uso, su funcionalidad, en los aprendizajes y en el desenvolvimiento del entorno escolar.

Logrado esto, lo demás ya será dejarles volar, y podremos tener la satisfacción de haber dotado a nuestros alumnos de uno de los más importantes recursos instrumentales: el **hábito lector**.

Referencias bibliográficas

- Acevedo, Marta (1992) "Rincones de lectura: apertura a la comunidad." En **Lectura y Vida**, Año 13, **2**, 11 - 15.
- Braslavsky, B. (1992) "Entorno, escuela, maestro, alumno en la alfabetización inicial." En **Lectura y Vida**, Año 13, **1**, 27-36.
- Fernández Paz, A. (1990) "Leer en Galego (1)." En **Vigo: Ir Indo**.
- Foucambert, J. (1990) **La maniere d'être lecteur**. Paris, M.D.I., Ed. Orgeval.
- Gagné, Ellen D. (1991) **La psicología cognitiva del aprendizaje escolar**. Madrid, Visor.
- Gasol, Ana (1988) "Vaya biblioteca en la escuela." En Cela-Fluvia, **Sugerencias para una lectura creadora**. Barcelona, Aliorna.
- Gómez del Manzano, M. (1986) **Cómo hacer a un niño lector**. Madrid, Narcea.
- Holt, John (1987) **El fracaso de la escuela**. Madrid, Alianza.
- Kergueno, J. (1988) "Ayudar al niño a convertirse en lector." En **Cuadernos de Literatura Infantil y Juvenil (CLIJ)**, **1**, 86-91.
- Miller, M.J. (1989) "El alumno de enseñanza básica en la biblioteca." En D. L. Monson, **Crear lectores activos**. Madrid, Visor.
- Miras, M. y Solé, I. (1990) "La evaluación del aprendizaje y la evaluación del proceso de E-A." En C. Coll, J. Palacios y A. Marchesi (comps.) **Desarrollo psicológico y educación II. Psicología de la Educación**. Madrid, Alianza.
- Quintanal Díaz, J. (1993) "Cómo educar el hábito lector en los hijos." En **Educación Hoy**, **36**, 7-9.
- Rivas, D. y A. Banderas (1990) "Jugamos a leer." En **La escuela en acción**, abril, 26-30.
- Sarto, M.M. (1986) **La animación a la lectura**. Madrid, S.M.
- Sepúlveda Barrios, F. (1986) **La lectura expresiva**. Madrid, U.N.E.D.
- Sevillano, M.L. y D. Bartolomé (1988) **Prensa: su didáctica, teoría, experiencias y resultados**. Madrid, U.N.E.D.
- Simpson, M.J. (1989) "Los padres y maestros comparten los libros con los niños." En D.L. Monson (comp.) **Crear lectores activos**. Madrid, Visor.
- Solé, I. (1992) **Estrategias de lectura**. Barcelona, Grao.
- Ventura, N. (1985) **Guía práctica para bibliotecas infantiles y escolares**. Barcelona, Laia.
- Woodbury, J. (1989) "Lectura en coro y el teatro leído." En D.L. Monson (comp.) **Crear lectores activos**. Madrid, Visor.